

CIENCIA SOCIAL Y EDUCACIÓN

Marc Edelman, Fabrice Lehoucq, Steven Palmer e Iván Molina, *Ciencia social en Costa Rica: Experiencias de vida e investigación*. Heredia, Costa Rica: Editorial Universidad Nacional y Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1998. 156 págs. Prólogo, bibliografía, índice. US\$ 6.00 (en rústica), ISBN 9977-65-125-6.

Me dio mucho gusto reseñar el presente libro porque conozco, aunque no muy bien, a la mayoría de los coautores y a la persona que fue el inspirador del proyecto desde su inicio, Victor Hugo Acuña. Mientras Acuña se encontraba investigando en la Biblioteca Latinoamericana de la Tulane University en Nueva Orleans, en 1993, había propuesto a los autores que escribieran:

...un ensayo totalmente híbrido en donde se confundan cuestiones epistemológicas con problemas historiográficos y dificultades prácticas de investigación con reflexiones de tipo autobiográfico, confesiones y hasta ocultas obsesiones, si fuera el caso... estimo metodológicamente relevante hacer un intento de explicitación de las bases materiales, morales, psicosociales y afectivas, y no únicamente las intelectuales, de la fabricación de conocimientos en ciencias sociales en la época actual.

Los tres primeros autores, Marc Edelman y Fabrice Lehoucq estadounidenses —o en el estilo informal y entretenido del libro, “gringos”— y Steven Palmer, canadiense, obtuvieron sus doctorados en antropología, en ciencias políticas y en historia, respectivamente, en diversas universidades de los Estados Unidos, pero realizaron la mayor parte de sus investigaciones de campo y archivísticas en Costa Rica. El otro autor, Iván Molina, es costarricense o “tico” y obtuvo una maestría en historia en la Universidad de Costa Rica (UCR).

Es especialmente novedoso que los tres autores extranjeros escogieron adentrarse en la sociedad y cultura ticas aunque no fuese fácil para ninguno de ellos. Todos son honestos en las descripciones y análisis de sus impresiones personales sobre su estadía, tanto en el campo académico como social en Costa Rica. Lo interesante de este libro es que enfoca temas que muy ocasionalmente estarían en los trabajos académicos tradicionalmente más secos y formales. Como indica el subtítulo del tomo, sus comentarios están divididos, o mejor dicho mezclados, entre las “experiencias de vida” y las de investigación.

Edelman anota (pág. 20) que la “pequeña escala” de Costa Rica “es, por supuesto, una fuerza poderosa y sofocante que propicia el conformismo”, pero a la vez su tamaño reducido “puede estimular el sentimiento de orgullo colectivo y de responsabilidad social, cualidades que encontré en abundancia en Costa Rica y cuya ausencia en un país mucho más grande como el mío, es angustiante”. También hace unas observaciones interesantes sobre la relativa formalidad de las relaciones sociales en San José (probablemente con personas educadas de las clases profesionales), donde “las visitas con frecuencia tenían un tono formal y rígido”, mientras que, cuando el antropólogo hizo sus estudios de campo en la región de Guanacaste, las recepciones eran casi siempre amistosas con abundancia de comida y licor a pesar de los recursos económicos mucho más limitados de estos anfitriones de clase campesina o del pueblo.

Para Fabrice Lehoucq (pág. 51) la experiencia social, durante su primer año y medio en Costa Rica, resultó parecida a la de Edelman sólo que el cientista político no tuvo experiencias más positivas en el sector rural como el antropólogo. “Un número desproporcionado” de sus amigos “eran gringos y otros extranjeros”, debido a la “dificultad para hacer amistad con los costarricenses”. Lehoucq anota que “[c]on pocas excepciones, la mayor parte de los costarricenses se mantenía distante, aun cuando los viera regularmente”, como otro ejemplo de las reglas y normas sociales ticas en cuanto a la casa familiar como santuario. A que pesar de que al investigador extranjero lo habían invitado a ir a pasar un fin de semana en la playa, sus amigos ticos nunca lo invitaron a la casa familiar, ni a un almuerzo entre semana, ni mucho menos a un almuerzo multi generacional dominical.

El caso de Palmer (pág. 76) fue distinto. Después de varios meses de tratar “con un mínimo de éxito de encontrar un ambiente bohemio interesante en San José”, terminó pasando una Navidad en San Pedro (el barrio de la Universidad de Costa Rica) “con todo cerrado y cuando todos se habían ido, [que] fue la más solitaria de mi vida”. Al entrar el año nuevo comenzó a tener más éxito tanto en sus investigaciones sobre el nacionalismo costarricense como en cuanto a sus relaciones sociales. Parece que Palmer persistió más que Edelman o Lehoucq en ganar una entrada en la sociedad local urbana. Como él mismo lo indica:

Pero lo principal fue que comencé a conocer más gente, mucha gente, personas excelentes, y a sentirme cómodo con el estilo social del josefino de clase media: reservado, irónico, sin miedo a la vulgaridad elegante, bastante cómico, ligeramente evasivo y superficial, pero siempre en busca de un punto de sinceridad para acercar[se] al otro. Me gustó eso y logré acercarme (pág. 76).

En ese momento de nuevas expectativas, Palmer tuvo que regresar a su pueblo canadiense de Saint John's, Newfoundland (Terranova) por falta de dinero y por estar “culturalmente exhausto”, precisamente “cuando tenía una buena

razón para quedarme”. Palmer logró ser aceptado por ciertos elementos de la sociedad josefina, lo cual no fue posible para sus coautores extranjeros.

Iván Molina, que unos años más tarde logró ser buen amigo y colaborador cercano de Palmer, nos cuenta otra historia personal. Es el relato de un tico obviamente muy inteligente, sofisticado en sus intereses y gustos intelectuales y muy apto para escribir y observar su mundo. Molina es de la ciudad provincial de Alajuela, no muy lejana de la capital, de padres muy trabajadores y una madre que luchaba especialmente para educar a sus hijos. Lo refrescante de la narrativa de Molina es que describe su niñez y juventud en rico detalle, algo que sus tres coautores extranjeros no hacen porque su enfoque es sobre sus experiencias en Costa Rica como personas ya formadas social e intelectualmente.

El ensayo de Molina describe algo del ambiente universitario hacia finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, así como la modernización de la carrera de historia en Costa Rica con la llegada al país de algunos investigadores latinoamericanos excelentes como Ciro Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, además de Carolyn Hall de Gran Bretaña y Lowell Gudmundson (a quien Molina critica por su metodología histórica de Estados Unidos) y la formación de una nueva generación de historiadores ticos que obtuvieron sus doctorados en Europa —especialmente en Francia— y, en segundo lugar, en Estados Unidos.

Las observaciones de Molina (pág. 99) (desde las perspectivas del estudiante y, después, del profesor en la UCR) sobre los contrastes entre la formación de historiadores bajo el sistema francés y el sistema estadounidense son agudas y válidas: “El interés por los aspectos teóricos y metodológicos prevalecía entre los graduados en Europa y especialmente en Francia, no entre los que se doctoraron en Estados Unidos, cuya historiografía destaca aún por su provincianismo y pobreza conceptual”. Nutrido historiográficamente por los estudios de Braudel y muchos otros autores de la escuela de los *Annales* y los historiadores marxistas británicos como Hobsbawm y Thompson en sus clases universitarias, Molina (pág. 116) resulta decepcionado con la historiografía gringa: “Mucho de lo que leí, en especial lo escrito por estadounidenses, era interesante y didáctico, pero carecía de encanto y a veces concitaba el bostezo”. Parece que Molina nunca tuvo la oportunidad de ingresar en un programa de doctorado en historia en el extranjero o que no lo aceptó por varios motivos —como los económicos, entre otros. Sin embargo, no deja duda que habría escogido ir a Francia en lugar de los Estados Unidos. Aunque no es un tema central de su ensayo, Molina (págs. 137–138) discute de paso la crisis económica centroamericana de principios de la década de 1980, que en Costa Rica causó “el crónico desfinanciamiento de la educación superior” y “una abrupta caída en los salarios universitarios”.

Fue en este ambiente de crisis económica, si no tan aguda como prolongada, que los colaboradores de Molina en este volumen llegaron a hacer sus investigaciones doctorales en Costa Rica. Debido a que no habían vivido en el mundo intelectual y universitario tico desde su juventud, tenían una perspectiva interna y, por ser extranjeros, preferían ser más diplomáticos que insultantes

hacia sus homólogos costarricenses y su ambiente universitario, lo cual influye en que los comentarios de los tres observadores extranjeros sean menos agudos, penetrantes y extensos —y por estas razones menos interesantes— que los de Molina. Sin embargo, me impresionó la honestidad y humildad de Palmer (pág. 81) cuando describe con humor, en la tercera persona, las dificultades que tuvo para terminar su tesis doctoral y, luego, cuando contrastó su obra con las tesis de maestría en la UCR:

Irónicamente, la disertación doctoral de Palmer nunca habría sido aprobada como tesis de maestría en la Universidad de Costa Rica... Los estudiantes de posgrado en historia del sistema costarricense reciben una enseñanza excelente, de hecho mucho más rigurosa y enfocada que la que Palmer había recibido.

Sin duda el mismo Molina es buen ejemplo, tal vez el mejor de todos, de un graduado con una maestría en historia de la UCR que demuestra una alta calidad en sus publicaciones, de igual o mejor calidad que las de muchos historiadores doctorados en Norteamérica y Europa.

Es difícil comparar las experiencias de Lehoucq, el cientista político, ya que en su campo de estudio, tenía más interacción con historiadores afiliados con el Centro de Investigaciones Históricas de la UCR, dirigido en ese entonces por Acuña, que con cientistas políticos. Sin embargo, él nota que en general “[l]a ausencia de investigación sistemática sobre la política costarricense contrastaba ampliamente con el trabajo que hacían los historiadores sociales y económicos” (pág. 46). La crítica de Lehoucq de los estudios sobre la política costarricense y de los cientistas políticos resulta bastante dura:

Pronto llegué a la conclusión de que, con una o dos excepciones, a muy pocos historiadores les preocupaba el empleo de teorías provocativas y metodologías sofisticadas con el propósito de entender la política costarricense. La gran mayoría de los cientistas políticos costarricenses también parecían estar más interesados en aconsejar a los posible candidatos a la Presidencia o en encontrar un trabajo lucrativo, ya fuera en la política o en otro lugar, que en producir estudios sistemáticos de su sistema político (pág. 47).

Muchas de las impresiones expresadas por Edelman sobre las ciencias sociales y la investigación en Costa Rica coinciden con las de los demás autores en este tomo. Tiene, por ejemplo, buena impresión de varias cosas relacionadas con las ciencias sociales en general. Además, Edelman encuentra que “muchos investigadores tenían una fuerte formación en métodos y teoría social” y que investigaban sobre temas empíricamente interesantes e importantes “relativos al desarrollo nacional”. Al igual que Palmer, Edelman también se doctoró en la Columbia University de Nueva York y los dos quedaron impresionados en forma positiva por la preparación profesional de sus colegas ticos en contraste con lo

que vieron como defectos en su educación en Columbia. Mientras que Palmer, como lo cita anteriormente, indicó que las investigaciones producidas en las tesis de maestría, así como el nivel de enseñanza fueron superiores a su programa de doctorado en Columbia en historia, Edelman (pág. 20) nota que su “formación” fue demasiado teórica en contraste con la de sus colegas ticos que “[t]enían mucho más práctica en relacionar las preguntas de investigación con los métodos apropiados” y concluye que muchos de los investigadores en ciencias sociales que él encontró en Costa Rica eran de “primera clase”, aun a nivel de licenciatura, el cual era muy distinto de las normas académicas en su país natal.

A pesar de sus comentarios positivos sobre la formación de los “científicos sociales costarricenses”, Edelman (pág. 21) menciona “que existía también una especie de sequedad insular en gran parte del trabajo” de ellos y que “[m]uy pocos pensaban en Costa Rica en términos comparativos en relación con el resto de Centroamérica o de América Latina”.

Este libro es único tanto por su estilo informal de presentación como por la honestidad y los enfoques poco comunes de los comentarios de los cuatro coautores. Es importante no sólo por su análisis de las ciencias sociales y la investigación sino por las impresiones del ambiente social para los investigadores extranjeros en Costa Rica desde la década de 1980. Tal vez habría sido interesante, para variar la mezcla de narrativas personales masculinas, si hubiera incluido la historia de por lo menos una científica social extranjera o costarricense en comparación con las de las cuatro voces masculinas.

Ciencia social en Costa Rica será un libro interesante para estudiantes y profesionales en las ciencias sociales en Costa Rica y, especialmente, en los demás países centroamericanos que por lo general están mucho menos desarrollados en estos campos de estudio. Considero importante el hecho de que la mayor parte de los comentaristas que expresan sus opiniones honestas sobre lo difícil y lo positivo de vivir e investigar en Costa Rica son extranjeros, de Norteamérica, lo cual posiblemente tendrá más credibilidad entre los demás centroamericanos que si todos los autores fueran sólo de Centroamérica y no de Costa Rica o, peor aún, si todos fueran costarricenses. Desafortunadamente los celos académicos persisten tanto a nivel personal como, a veces, a nivel regional y aun internacional.

CHRISTOPHER H. LUTZ
Plumsock Mesoamerican Studies